

El cuento de Salvador Garmendia "El inquieto Anacobero" ha sido acusado de inmoral y está en los tribunales en proceso sumarial. Con ese motivo se ha ventilado el asunto de la libertad de expresión y de la libertad del acto creador y se ha discutido el concepto de pornografía. Ahí va sobre el caso esta pequeña aportación.

DOS TAREAS EN LA HISTORIA: CONSERVACION Y TRASCENDENCIA

Pienso que el nivel de realidad de lo artístico no puede ser el nivel moral. Creo que el arte debe ser amoral. La moral está ligada con la historia, pero precisamente con la historia como carencia, como necesidad, como disarmonía, está ligada a la historia como alienación. El hombre —la humanidad—, en cuanto que no es todavía él mismo, debe serlo y esto no es sólo una presión social y su introyección; es la historicidad humana en cuanto imperativo que condena la inercia y la involución y obliga a dar de sí.

La moralidad es una lucha desde la alienación, siempre desde la alienación, hacia la reconciliación imposible. Procura mantener el tiempo histórico a su altura para que no se disuelva en el caos y propone avances razonables, posibles. Es una dimensión humanizante y absolutamente imprescindible, pero nunca es absoluta. Comparada con el absoluto es siempre inmoral. Y si no se reconoce así se vuelve rígida y aplasta al hombre.

La dimensión estética mira directamente a la reconciliación humana, al absoluto. Lo canta, lo encanta, lo suplanta. Es un ansia desatada completamente pero siempre se queda corta. Es por ello siempre un fracaso y una impostura. Pero es un fracaso triunfal que aporta trofeos a la humanidad y que engendra renovadas ansias. Es una impostura beneficiosa: el hombre transportado se ve como se verá y aunque la impostura no dura y viene siempre la decadencia, si el hombre no se suicida, los recuerdos del futuro son una inmensa palanca.

Así como por la moralidad nos captamos como inarmónicos, como duales aún, así en el arte plasmamos la imagen ansiada de nuestra naturaleza integrada, unificada sin dejar afuera nada, sin división, una belleza, un placer sin esfuerzo y sin vergüenza. Una creación del hombre que resulte natural y una naturaleza absolutamente penetrada de expresividad. La pasión según san Mateo, el Taj Mahal o el Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz no pertenecen al orden de la moralidad. Son creaciones de la libertad y donde reina la libertad no hay ley. Hay vida humana que fluye y engendra vida.

Es cierto que tanto en el acto creador de arte como en el acto moral hay esfuerzo y hay dolor. Sin embargo son distintos porque la moral mira al hombre fuera de sí, al individuo en cuanto inercia o voluntad particular. Y es una voluntad de algún modo exterior la que obliga a trascender. En el acto estético es el mismo

A propósito de EL INQUIETO ANACOBERO

PEDRO TRIGO

EL ARTE Y LA MORAL

espíritu humano en cuanto trascendente el que pelea con la dispersión de los elementos, con la limitación del tiempo histórico en cuanto momento para hacerlos expresar lo que no pueden aunque lo lleven en germen.

De ahí que el acto moral sea esencialmente conservador y que la esencia del acto estético sea a su vez la trasgresión de lo ya cristalizado. Si no se da esa trasgresión nos quedamos al nivel de la artesanía o de lo estilizado o de lo didáctico, pero no se da la creación artística. Esta trasgresión consiste en primer lugar en una trasgresión moral, no de este o de aquel precepto sino del ámbito de lo moral. El artista sale de este ámbito y por eso se coloca en una situación de peligro. El peligro consiste ante todo en la suma movilidad que todo cobra al salir de lo cristalizado: se borran las costumbres, lo habitual y uno debe habérselas con lo real desnudamente, directamente, en bruto.

EL ARTE COMO TRASGRESION EROTICA.

A esta cita desnuda y desamparada con lo real el artista acude llevado por el Eros, espíritu y vida. Pero su Eros es demiúrgico, constructor. El tiene afán de formas. No es sólo una contemplación placentera del cosmos. Es sobre todo la realidad en cuanto temporal, en cuanto posibilidades, esbozos, muñones, correspondencias que le hacen señas, que lo reclaman para que las dé un cuerpo, un cuerpo vivo en el que puedan seguir bullendo en libertad, creciendo: el cuerpo inasible de la libertad.

Por eso la trasgresión del artista, que en realidad consiste en colocarse en el ámbito inhabitable, utópico de lo amoral, aparece desde fuera trasgrediendo el orden penosamente adquirido en dos direcciones: por abajo y por arriba. Por abajo debe asumir lo que en un momento determina la humanidad sólo ha logrado aplacar, reprimir; porque nada puede ser considerado definitivamente maldito u opaco, nada puede quedar fuera de la reconciliación del hombre consigo mismo. La materia con sus fuerzas, los instintos, el placer, los mil caminos nocturnos, los ecos casi apagados

en la noche de los tiempos, la infinita gama del sentido y del sentir en drástica amenaza de atrofia... Lo que en las relaciones sociales se viola con tácito acuerdo, lo que aún no tiene solución, las horribles mutilaciones humanas que acusan lo incompleto y aun perverso de nuestra síntesis histórica y también las alegrías recónditas, las plenitudes que nuestros termómetros atrofiados o distorsionados no tienen sensibilidad para recoger. Por arriba el artista atisba síntesis aún impensables, formaciones aún inéditas, posibilidades humanas aún en ciernes y canta instantes que preludian eternidades, y en los fracasos de grandes acciones de masas canta las siembras de nuevas victorias y así canta también a la muerte como traspasándola.

El arte es, pues, trasgresión erótica. La mayor inmoralidad sería que la moralidad castrara al arte impidiéndole la trasgresión, haciendo imposible en una sociedad la existencia de este ámbito amoral de libertad constructora. Sólo sería comparable con la inmoralidad de los que pensarán ilusamente que el modo de vida estético puede tener plena existencia social. Una sociedad íntegramente sumergida en la dimensión estética como la única dimensión vital sería el desmadre padre, sería el fin de la historia.

¿QUE SERIA ENTONCES LO PORNOGRAFICO?

Una de las concreciones de la erótica, una concreción central es lo sexual y en un sentido más estricto lo genital.

¿En qué consistiría entonces lo pornográfico? Consistiría en un arte que trata de lo genital falto de erótica. Es decir un arte que no aspira, que no es acto, que no busca nada. Una pretendida expresión artística sin trasgresión. Se queda en el plano de lo ya perfectamente codificado. Es una repetición mecánica, un acto fallido. No ha salido, pues, de la esfera de lo moral y por eso cae bajo su código: es inmoral. Lo artístico por más peligroso o extático que sea es siempre un acto humano. Lo pornográfico no. Y la traducción de esto a formas es que en lo artístico hay siempre de algún modo una reestructuración, una reinterpretación, una ampliación del código formal; en lo pornográfico se da la repetición obsesiva que es un reclamo a la acción compulsiva, esclavizante, despersonalizada.

Por eso la marca de lo pornográfico es ese tono abstracto: a pasar de su crudo realismo es incapaz de asir lo real. La pornografía no pretende descubrir nada ni crear nada. Se trata simplemente de poner en marcha el cortocircuito del placer independiente de la realidad. Hay aquí una trasgresión. Pero no la causa el Eros. Más bien Ananké, la necesidad ciega, o Thanatos, la muerte. No se traspassa el ámbito de lo moral, porque este ámbito sólo por la libertad puede ser trascendido. Por eso lo moral tiene imperio sobre la pornografía y la condena y la reprime y la pone fuera de juego. Aunque sólo el Eros la vence.